

de la situación en la que se encuentran nuestros sistemas democráticos, hostigados por nuevas —y no tan nuevas— fuerzas políticas que cuestionan sus pilares éticos fundamentales y que hasta hace poco operaban, o sobrevivían, en los márgenes de la democracia liberal, como tan acertadamente condensa y sintetiza el título de este libro.

por Anna LÓPEZ ORTEGA
Universidad Internacional de Valencia
annaisabel.lopez@universidadviu.com

Caras y soportes de la vulnerabilidad

Jose Santiago (ed.)
(Madrid, Catarata, 2021)

El libro *Caras y soportes de la vulnerabilidad* (Madrid, Catarata), editado por Jose Santiago, es la presentación de los resultados del proyecto de investigación «Nuevas formas de vulnerabilidad socioexistencial, soportes y cuidados en España» (VULSOCU), financiado para los años 2017-2020 por el Ministerio de Industria, Economía y Competitividad. Pero el libro es mucho más que un informe de investigación: es un descriptor de nuestro presente y una propuesta teórico-analítica para entenderlo; todo ello a través del concepto de vulnerabilidad socioexistencial. El libro está organizado, como indica el propio editor en la introducción, en cuatro bloques, cada uno con dos capítulos. El primer bloque es de cariz más teórico presentándose, precisamente, esa propuesta que es teórico-analítica y empírico-descriptiva al tiempo: la de la vulnerabilidad socioexistencial. Los otros tres bloques —cada uno dedicado a uno de los colectivos estudiados: personas desempleadas mayores de 45 años, personas jóvenes y cuidadoras familiares— presentan los resultados de la investigación que buscan desarrollar la vulnerabilidad socioexistencial como herramienta analítica y descriptora de lo social.

El primer bloque, el más teórico, cuenta con las aportaciones del propio Jose Santiago como editor del libro e investigador principal del citado proyecto, y de Danilo Martuccelli. Ambas permiten desarrollar —bien históricamente el segundo o teórico-analíticamente el primero— la noción de vulnerabilidad socioexistencial. Si el primer texto se centra en proponer esa noción como «análizador de nuestro tiempo», el segundo hace un recorrido histórico que es típico ideal también para proponer que la vulnerabilidad socioexistencial es lo que hace a nuestras sociedades, su «espíritu de la época». Invierto, entonces, el orden en esta reseña y empiezo con Martuccelli y su propuesta del proceso histórico, político y

social que ha hecho de la vulnerabilidad socioexistencial el vector central de nuestras sociedades. El autor propone tres tipos ideales de entender la vulnerabilidad que coinciden temporalmente con el eje premodernidad-modernidad-presente. El primer tipo ideal es el que entiende la vulnerabilidad como una cuestión humana que enfatiza —bien desde el discurso religioso-católico, biológico, psíquico e incluso existencial— la fragilidad humana que se concreta en que el ser humano está «expuesto». El segundo tipo ideal se centra en la vulnerabilidad como cuestión social. Una vez controlado aquello que «exponía» al ser humano (desastres naturales), la vulnerabilidad es generada desde lo social mismo (desigualdad) y su respuesta también ha de localizarse en lo social (principalmente el Estado). El tercer tipo ideal, que deriva de los dos primeros, es la propuesta del libro: la vulnerabilidad socioexistencial que emerge en un contexto de crisis del control tanto de la naturaleza como de lo social. En este contexto, estamos expuestos a riesgos que hasta hace poco considerábamos controlados y esos riesgos se articulan al tiempo como sociales y existenciales. Es más, se produce un trasvase entre las formas sociales y existenciales que, al tiempo, se solapan y se intercambian.

Dando precisamente forma a ese tercer tipo ideal —vulnerabilidad socioexistencial— se trabaja en el primer capítulo, el redactado por el editor del libro, Jose Santiago, con el objetivo de hacer de esta una herramienta teórica y analítica. Tras un debate sobre la polisemia del concepto de vulnerabilidad y argumentar su utilidad sociológica, el autor distingue dos concepciones de la vulnerabilidad: la antropológica y la social (que parece remitir a los dos primeros tipos ideales que presentaba Danilo Martuccelli) que están, sin embargo, anudadas. Es ese anudamiento el que permite proponer la noción de vulnerabilidad socioexistencial como propuesta teórica para analizar el presente. Esta permite un borramiento si se quiere más claro entre vulnerabilidad social y existencial. La segunda emerge con fuerza en un contexto de crisis de la cuestión social y de crisis de ciertas instituciones, pero también se produce «la existencialización de la vulnerabilidad social». En este marco, no es menor esta propuesta teórica porque parece que estamos limitados en herramientas para abordar el presente. Así, se propone abordar la vulnerabilidad socioexistencial no solo a través de su expresión directa, sino de cómo esta se proyecta a través de los soportes (noción de Castel que desarrolla ampliamente Martuccelli) y de los cuidados. Son esos soportes y los cuidados las vías para abordar la vulnerabilidad socioexistencial haciendo algo que el libro trabaja en su conjunto: desterrar la noción de individuo autónomo de la modernidad proponiendo una mirada relacional y complejizar la noción de agencia.

El segundo bloque, dedicado a las personas desempleadas mayores de 45 años, abre con el capítulo de Fernando J. García Selgas. Aunque centrado en uno de los colectivos estudiados, el texto engarza muy bien con el bloque anterior al plantear que la vulnerabilidad socioexistencial tiene que analizarse a la par con los procesos de «reactivación» de los individuos. Partiendo de una crítica a ciertas rejillas analíticas (críticas), entre otras la propuesta por Sennet, por quedarse ancladas en una sociología «dualista, pretérita y nostálgica» (p. 62) que solo ve los aspectos negativos del proceso de vulnerabilización social, así como a las revisiones sociologizantes del concepto de resiliencia que quedan presas «del concepto moderno de agencia», García Selgas se propone, a través de las experiencias de este colectivo, contribuir al desarrollo de una «narrativa alternativa». Ello lo hace prestando al tiempo atención al proceso de «(re)activación» y de «vulnerabilización» y apuesta por la «recomposición» en lugar de por el progreso o el regreso. El autor plantea siete formas de reactivación que suceden en situación de vulnerabilidad socioexistencial: reinventarse, reorientarse, asumir la inestabilidad, rechazar la calificación de vulnerable, reanimarse, resignarse y aguantar.

Ninguna adquiere la forma de la agencia y la acción moderna, sino que son más bien formas de acción en situación de vulnerabilidad (Châtel y Soulet, 2003) o desde la vulnerabilidad (Martínez, 2019). El texto también debate si el género es una variable analítica para algunas formas u otras de (re)activación ante la vulnerabilidad dado el vínculo masculinidad-acción, concluyendo que en este caso la clase parece ser más explicativa.

El otro capítulo de este bloque, firmado por Álvaro Briaes Canseco y María del Mar Maira Vidal, se enfoca también en el mismo colectivo —personas desempleadas mayores de 45 años— mirando no tanto a las recomposiciones, sino a la experiencia de la vulnerabilidad. La experiencia del desempleo varía, dicen los autores, según la clase social (dado que asegura soportes —materiales— para vivir esa situación), pero principalmente por la interiorización de una norma del empleo que puede producir, incluso entre aquellos que tienen soportes, una sensación de vulnerabilidad radical —hablarán incluso de muerte social—. Recordemos que es una generación (la de mayores de 45 años) marcada por el éxito de la movilidad social ascendente propiciada por el empleo; el desempleo es una quiebra de ese modelo. En este sentido, la clase social es un marcador claro de esa experiencia del desempleo en un movimiento que va a la contra de lo esperable: afecta, por decirlo de alguna manera, más a la clase media que a las clases populares. Las segundas están más expuestas a los vaivenes de las crisis económicas y, por ello, más acostumbradas a lidiar con la inestabilidad del empleo. Al tiempo, las clases medias tienen una interiorización mayor de esa norma del empleo que provoca una vivencia más crítica de esa situación. Otros elementos intervienen en esa experiencia de la vulnerabilidad que genera el desempleo en una generación marcada por la norma del empleo. Por ejemplo, entre los varones de clase media, por la dificultad de reconocer los soportes que iría contra lo que los autores llaman la «masculinidad ligada al ideal de la autosuficiencia». En definitiva, la vivencia de la experiencia de la vulnerabilidad que genera el desempleo entre mayores de 45 años viene marcada por su generación constituida fuertemente por una norma del empleo, pero es necesario atender a otras variables (clase social principalmente, género también) y a otras explicaciones (crisis de los soportes de protección estatales y familiares, el consumo) para entender dicha experiencia.

El tercer bloque se centra en el otro colectivo de la investigación: las personas jóvenes. Ambos capítulos, firmados por María Concepción Castrillo Bustamante y Ana Vicente Olmo, y Antonio Nicolás Álvarez Benavides y Matthew Lee Turnbough respectivamente, contextualizan la juventud en el contexto de varias crisis —la económico-financiera de 2008 y la crisis provocada por la pandemia— y la imposibilidad paradójica que esa crisis produce para salir de esa etapa transitoria que es la juventud. El primer texto se centra en cómo esos jóvenes interpretan desde sus proyectos biográficos su situación tanto en términos de causas de su vulnerabilidad como, principalmente, de narrativas para hacer una «relectura positiva» de su situación. Con ello, las autoras alargan el concepto de soporte a algo tan poco sustantivo como las narrativas, lo que es una apuesta complejizadora de esa propuesta de gran interés. Son esas narrativas las que harían posible la vivencia de una situación de crisis profunda. El segundo recupera el impulso por entender cómo los jóvenes analizan su situación de vulnerabilidad, pero sobre todo se centra en analizar cómo operativizan algunos soportes —ambivalentes y frágiles— para desarrollarse como individuos. Estos jóvenes deben construirse aún en un marco marcado por el ideal (masculino e individualista) del *self-made man*, ideal que, en un contexto de intensa precariedad, al no ser logrado, genera «fricciones» y fuertes vulnerabilidades. En ese contexto recurren a algunos soportes —por ejemplo, la familia o las amistades— que son, sin embargo, ambivalentes:

algunas veces soportan, otras veces ahondan en la vulnerabilidad porque son espejo de no haberse ajustado al ideal del *self-made man* que marca a esa generación. El análisis también permite detectar algunos soportes simbólicos o inmateriales que no dejan de ser contradictorios. Por ejemplo, mantenerse activos (buscar empleo constantemente, pero también ocupar el tiempo libre) que les permite sobrellevar la situación, pero al tiempo refuerza un modelo ideal que nunca logran.

El último bloque se propone trabajar sobre los soportes haciéndolo particularmente sobre los cuidados. Los dos trabajos que se encuadran en este bloque —el primero firmado por Alba Artiaga Leiras, María Teresa Martín Palomo e Inmaculada Zambrano-Álvarez, y el segundo por José María Muñoz Terrón y María Teresa Martín Palomo— se centran en las personas cuidadoras que son, precisamente, quienes soportan las vulnerabilidades de otros en un contexto de ausencia de soportes institucionales que obliga a buscar soluciones individuales y/o mercantiles ahondando, con ello, en la vulnerabilidad de quienes cuidan (mayoritariamente familiares). El primer texto, tras analizar las causas (modelo familista, individualización y mercantilización de las soluciones, ausencia de sistema de cuidados) y las consecuencias para quienes cuidan (p. ej., pensiones más reducidas), trabajan en mostrar cómo el cuidado de los vulnerables provoca vulnerabilidad sobre quienes cuidan. Esa vulnerabilización no es solo a futuro, sino a presente: por ejemplo, la consideración menor de las prácticas de cuidado (como repetitivas, sencillas...) tiene como resultado que se realice sin formación lo que vulnerabiliza a las cuidadoras al verse afectadas (física y emocionalmente) por prácticas que no han aprendido a realizar. Las autoras analizan algunos soportes que ayudan a las cuidadoras frente a su vulnerabilización. Son, en general, soportes menores (bailar, ir a pasear, quedar con amigos...), pero muy necesarios en un contexto en que, sobre todo, en el caso de las mujeres, hay un mandato moralizante de que es «algo que les corresponde» y enunciar emociones negativas se «considera un lujo» (p. 180). Esos pequeños soportes se entienden como autocuidados que, dicen las autoras, constituyen un «acto de resistencia».

Sobre la estela de este capítulo trabaja el siguiente de este bloque y último del libro. A lo largo de sus páginas apunta la idea del capítulo precedente de que los cuidados de los vulnerables vulnerabiliza a quienes cuidan. En este caso, además de analizar cómo el cuidado concreto vulnerabiliza (física y emocionalmente), plantean que el cuidado vulnerabiliza en tanto en cuanto quienes cuidan se olvidan de sí a favor del cuidado de otros/as incluso llegando a poner su salud en riesgo. Dos elementos destaco de este capítulo. El primero es que ponen por delante que quienes cuidan distan de estar en posiciones de sujeto autónomo y privilegiado; al contrario, ya parten, en general, de posiciones de vulnerabilidad con lo que el cuidado que proporcionan es desde su propia vulnerabilidad. Más allá de la reivindicación de la agencia que ese cuidado desde la vulnerabilidad genera, interesa cómo las autoras plantean que es precisamente esa vulnerabilidad compartida —entre personas cuidadas y cuidadoras— la condición de posibilidad del cuidado mismo. La segunda cuestión de interés es cómo estas cuidadoras vulnerabilizadas desarrollan ciertos soportes —menores, en general, algunos ya citados en el capítulo anterior— para autocuidarse. Aunque las autoras parecen distinguir entre cuidados y soportes, no queda claro para quien escribe esta reseña la distinción entre ambos en ninguno de los dos capítulos de este último bloque y, por tanto, en el conjunto del libro. Probablemente, la definición tan globalizadora que se usa de cuidados —todo lo que se hace es cuidado— termina subsumiendo los soportes a los cuidados (sean de otros o de una misma). En ese sentido se echa de menos en el bloque una reflexión sobre esta cuestión.

En definitiva, los capítulos que componen este libro contribuyen empíricamente a mostrar la vulnerabilidad socioexistencial de algunos colectivos y/o los soportes para, en mis palabras, habitarla aun sea precariamente. Este material empírico no hace más que reforzar la idea que manejaba el editor del libro en el capítulo introductorio de que la vulnerabilidad socioexistencial es un descriptor del presente y un analizador sociológico de primer orden de una sociedad contemporánea caracterizada por la crisis de los soportes que la sostenían hasta reciente (Estado, instituciones, vínculos sociales...). Se echa en falta, no obstante, que ese material empírico no apunte de manera más concreta —quizá en un capítulo final de cierre— la vulnerabilidad socioexistencial como propuesta teórica. Ello habría hecho más redondo, si cabe, un trabajo que da un aire de frescor a una sociología algo desvalida de categorías y conceptos que permitan estudiar una nueva configuración social difícil de abordar desde otras categorías más asentadas. Invito a los autores a seguir trabajando en ese sentido.

BIBLIOGRAFÍA

- Châtel, Vivianne y Soulet, Marc H. (2003). *Agir en situation de vulnérabilité*. Québec: Les Presses de l'Université Laval.
- Martínez, María (2019). «Una (breve y no muy sistemática) aproximación a la noción de agencia desde la vulnerabilidad». *Papeles del CEIC*, 2019/1 (presentación): 1-9.

por María MARTÍNEZ
UNED
mariamartinez@poli.uned.es